

pues que ha sido varias veces abrazada, ella nota que no pudiera hacerse nada mejor ni mas agradable: así es que acaban por abrazarse estrechamente los dos animales; sacuden y balancean su cabeza; se olfatean y mecen con dulce abandono, apoyados en la extremidad de su cola. Tras un abrazo viene otro y luego un tercero, hasta que, por último, llega á su término esta cómica escena, que excita en alto grado la hilaridad del espectador.

Cuando dos machos persiguen á una misma hembra, empuñase entre ellos una lucha encarnizada: los dos rivales se precipitan uno sobre otro, con el fin de cogerse; si lo consiguen, enderézanse sobre su cola; y con las patas posteriores,



Fig. 131.—EL CUSCUS MANCHADO

obstante su talla, la gestacion no es larga; la del kanguro gigante dura tan solo treinta y nueve dias. Al cabo de este tiempo nace el pequeño; la madre lo coge con 'los dientes,



Fig. 132.—EL FALANGISTA ZORRO

tan solo compararse con los embriones de otros animales. Es una masa blanda, trasparente y vermiforme; los ojos aparecen cerrados; la nariz y las orejas, así como los miembros, apenas están indicados. No existe la menor semejanza entre el hijuelo y la madre: los miembros anteriores son una tercera parte mas largos que los posteriores, y la cola es corta y está enroscada entre las piernas. El pequeño kanguro permanece colgado de la mama de la hembra como un cuerpo inerte; ni siquiera puede entonces mamar; pero merced á una disposicion orgánica especial, la leche se introduce directamente en la boca, y hasta mas tarde no mama por sí solo el hijuelo.

Por la figura 135 se podrá formar una idea exacta de la posicion que ocupa el hijuelo en la bolsa de la hembra.

libres en sus movimientos, se descargan manotazos terribles, sobre todo en el vientre, pegándose tambien con las patas delanteras. Algunos autores han dicho que se maltratan asimismo con la cola: el hecho es posible, aunque yo no le he visto nunca, pues un guarda de nuestro jardin zoológico recibió varios golpes, que le descargó con dicho órgano un kanguro.

Las especies pequeñas son las que parecen excitarse mas, pues no solo se arrancan los pelos, sino tambien pedazos de carne.

Estos mamíferos son poco fecundos: las hembras de las especies mayores no suelen dar á luz mas de un hijuelo; no

abre su bolsa con las patas delanteras, y le coloca en la boca el pezón de una mama. Doce horas despues de su nacimiento, aquel pequeño sér solo tiene 0",032 de largo, pudiendo

De esta suerte se alimenta por espacio de ocho dias; de vez en cuando deja ver la cabeza, pero no se halla todavía en estado de moverse por sí. Owen ha visto un hijuelo del kanguro gigante, que respiraba con fuerza, aunque con mucha lentitud, y agitaba las patas delanteras al tocarle. Cuatro dias despues del nacimiento, dicho observador separó al pequeño de la mama para ver cómo se ponía en contacto con la madre y de qué modo se verificaba la lactancia. Propóniase averiguar al mismo tiempo si un sér tan imperfecto tenía fuerza propia, y si podría encontrar el pezón por sí mismo, ó se le pondría la madre en la boca. Hé aquí cuál fué el resultado de su experimento: separado el hijuelo, apareció en la mama una gota de líquido blanco; agitóse el pe-

queño sér, y no pareció hacer esfuerzos para cogerse á la piel de la madre, pues no podía moverse absolutamente. Entonces se le volvió á colocar en el fondo de la bolsa; la

hembra manifestó mucha excitacion, inclinó su cuerpo, arañó la cara externa de su bolsa, abrióla con sus patas, é introduciendo la cabeza, miró á todos lados. Owen dedujo que la



Fig. 133.—EL FALANGISTA OSCURO

hembra debe coger al hijuelo con la boca y tenerle junto á la mama hasta reconocer que se ha cogido. Debe advertirse para terminar que el pequeño murió poco despues, porque

su madre no le dió de mamar, y ningun guarda quiso encargarse de ponerle el pezón en la boca. Se ha visto tambien cómo un kanguro pequeño, despren-

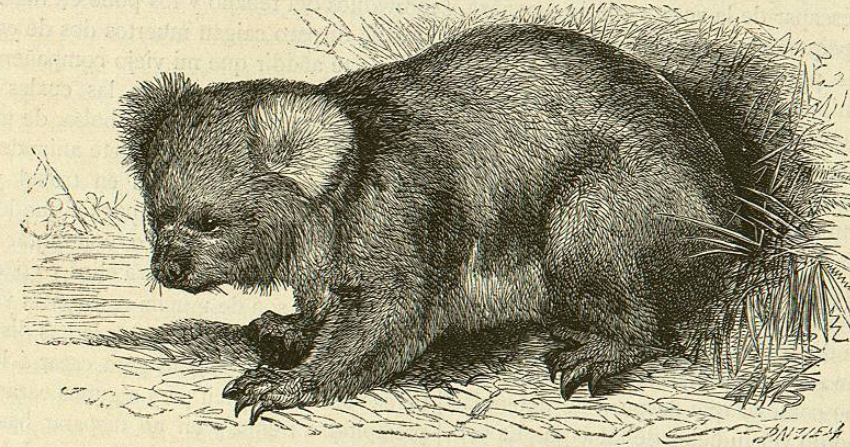


Fig. 134.—EL KOALA CENICIENTO

dido así de la teta, por violencia ó casualmente, volvió á cogerla de nuevo por sí mismo. Leisler dice que encontró sobre la paja un hijuelo algo mayor que el de que habla Owen, casi frio ya; y que habiéndole puesto en la teta continuó su

desarrollo, resultado que obtuvo tambien mas tarde Owen. Geoffroy Saint-Hilaire ha demostrado que al rededor de la mama existe un músculo, que por sus contracciones puede hacer penetrar la leche en la boca del pequeño. Resulta de

las observaciones más recientes, que cuando los hijuelos alcanzan cierta talla, crecen con mucha rapidez, sobre todo cuando les ha salido el pelo. Las orejas, que pendían á los lados de la cabeza, se ponen derechas y el animal se deja ver á menudo cuando su madre descansa; asoma primero la cabeza: sus pequeños ojos miran á todos lados; apoya sus patitas sobre el heno y comienza á comer. La madre le cuida con ternura, sin mostrarse ya tan temerosa, pues al principio no permite que traten de verle, y mucho menos de tocarle; aleja al macho que, movido por la curiosidad, quiere mirar á su hijuelo, y rechaza sus tentativas con un sordo murmullo, y hasta con golpes. Una vez que el pequeño saca la cabeza, ya no manifiesta la hembra tanto empeño en ocultarle, prescindiendo de que el animalejo se refugia al menor peligro en su escondite, donde toma todas las posiciones imaginables, asomando tan pronto la cabeza como las patas posteriores ó la cola. Es muy curioso ver cómo la madre obliga á su hijuelo á bajar á lo más profundo de la bolsa, dándole golpecitos con sus patas cuando quiere colocarse de otro modo. Al cabo de cierto tiempo abandona el joven kanguro la bolsa marsupial y salta al rededor de su madre; mas al menor indicio de peligro vuelve presuroso y se precipita de cabeza en su escondite. Un momento después se vuelve, y seguro ya de que no hay riesgo, mira hacia fuera con una expresión algún tanto cómica.

Véase lo que dice Weiland, de quien he tomado toda esta descripción: «A fines de setiembre ví por última vez en la bolsa marsupial al pequeño kanguro hembra de Bennett que había nacido en el mes de enero; pero no abandonó á su madre, y se hizo alimentar por ella. El 22 de octubre le ví mamar aun; y con gran sorpresa mía observé en su bolsa movimientos que no me dejaron la menor duda acerca de su contenido: tenía ya un pequeño; le estaba criando, y á pesar de esto no había dejado de mamar aun de su madre. Este curioso hecho es positivo; pero hice otro descubrimiento que no lo era menos: habiéndose matado la madre contra los barrotes de su jaula, la disequé y hallé en su bolsa un hijuelo moribundo, sin pelo aun, de 0^m,08 de largo, y por lo tanto, de dos meses de edad por lo menos. Resulta de aquí que la hembra del kanguro puede criar simultáneamente á dos pequeños de partos distintos, y también á su nieto mediatamente.

Dicen los viajeros que la hembra trata de salvar á su hijuelo en el peligro, sobre todo si está herido. Si no se siente con fuerzas para escapar de la suerte que le amenaza, saca rápidamente á su pequeño y le deposita en tierra, alejándose después lo más posible, no sin volver de vez en cuando la cabeza para mirarle. De este modo se sacrifica por su progenie, y con frecuencia consigue el objeto, pues el cazador no ve más que á la madre y pasa junto al hijo sin fijar en él su atención.

Los kanguros observan un régimen muy variado: se alimentan de yerbas, hojas, raíces, cortezas de árbol, brotes de brezos, retoños y otras sustancias parecidas; pero comen con preferencia una cierta yerba, á la que se da el nombre de yerba de kanguro y que determina la habitación del animal. Algunos naturalistas han creído que los kanguros eran animales rumiantes; pero debo confesar que después de detenidas observaciones no he podido ver indicios de tal cosa. Es verdad que mascan durante largo tiempo ciertos vegetales; mas una vez tragado el alimento, no vuelve este á la boca.

CAZA.—Los kanguros representan en Australia la caza mayor, la cual no existe en esta parte del mundo: tanto indígenas como colonos se dedican á ella con extraordinario afán. Los negros tratan de sorprender á una manada de estos animales sin ser vistos, y desplagan en ello tal habilidad, que

casi siempre consiguen apoderarse de alguna pieza. En las grandes cacerías se ocultan parte de los cazadores y los restantes se lanzan en persecución de los animales, empujándolos hacia el sitio donde están ocultos sus demás compañeros; se los aproximan todo lo posible y luego se echan de repente sobre ellos, lanzando grandes gritos. Asustados los kanguros, huyen por el lado que se les deja libre, y son cogidos por los cazadores que se hallan escondidos. Los indígenas se apoderan también del kanguro con mucha destreza, empleando al efecto toda clase de lazos y trampas. Mucho mayor es el número de kanguros que perecen á causa de la incesante y mortífera persecución de los colonos que por la de los indígenas.

«Se emplean todos los medios imaginables para exterminarlos, dice el viejo Bushmann ó habitante de las selvas: se les coge con lazos, se les mata con armas de fuego, cázaseles con perros, y esto por puro pasatiempo, por el solo placer de matarlos, pues se les deja podrir en el fondo de los bosques. Este es el motivo de haber ya desaparecido por completo estos animales de los alrededores de todas las grandes ciudades y plantaciones, y si continuara de este modo tan terrible persecución, no cabe duda de que en breve hasta en el interior de las tierras serían muy raros. La manera más fácil de cazar á los kanguros consiste en formar una línea de tiradores y hacerlos batir por un montero á caballo, de modo que de este depende casi del todo el éxito de la caza. En cualquier región se puede batir á estos animales; siguen constantemente la dirección desde un principio emprendida; se dispersan, si bien nunca se apartan del camino trillado. Los cazadores se acomodan del mejor modo debajo de los árboles y aguardan, inclinado el cuerpo, á que el animal se ponga á tiro; á veces toda la manada se precipita por un determinado punto de la línea de los tiradores y logran franquearla; pero lo más común es que se disperse al oír el primer tiro, y corra á lo largo de aquella. El cazador hábil consigue á cada bati-da matar unas cuantas piezas; pero es necesario, que antes de que el rebaño se haya puesto á tiro, haga fuego uno de los cazadores á fin de que este se disperse, procurando sus demás compañeros tener preparados para este caso dos tiros y disparar con certera puntería. De este modo logré yo varias veces matar cuatro kanguros en una sola cacería. Lo que debe procurarse sobre todo es no dejarse llevar del deseo de ir á recoger la primera víctima, pues la intempestiva aparición de uno de los cazadores espanta con frecuencia á todos los individuos del rebaño y lo pone en fuga. No es raro que de un solo disparo caigan muertos dos de estos animales, y aun tengo que añadir que mi viejo compañero de caza mató de dos tiros cuatro hembras, de las cuales tres traían hijuelos de gran tamaño dentro de su bolsa, de manera que en solos dos disparos se apoderó de siete animales. En el caso de que los kanguros no se acerquen en tropel y precipitadamente, es bueno lanzar un silbido, pues al modo que otros animales, suelen pararse un momento y levantar la cabeza, ocasion oportuna para disparar sobre ellos y cogerlos, si bien se ha de notar que son de mucha resistencia vital y que á pesar de estar heridos, recorren á veces largas distancias.

»El medio más seguro para cazar á los kanguros, lo que parece ser muy difícil para algunos cazadores, consiste en no precipitarse nunca y en no disparar hasta que el animal se haya puesto bastante cerca para tirarle con seguridad; pues es necesario darle en el cuello, cosa, por cierto, no muy fácil para los principiantes, dado el extraño modo de dar saltos que tiene el animal, y no es menos difícil aun para los tiradores expertos cuando este está huyendo. Por desgracia es esta caza muy monótona y de poco atractivo cuando dura días y meses enteros. Es más digno de un buen cazador ata-

car escopeta en mano á los kanguros en tanto que están paciendo, apuntar al macho más robusto y derribarlo; pero no se debe olvidar que es muy difícil matarle de un disparo en el cuello ó el pecho, á causa del poco blanco que estos ofrecen, y que muy raras veces cae el animal á consecuencia de una descarga recibida en la parte inferior de su cuerpo. Ricos colonos suelen emplear para esta cacería una raza particular de perros, obtenida por el cruzamiento del braco inglés con el bull-dog. Estos perros, llamados de kanguro, alcanzan muy pronto á nuestro animal, particularmente en terreno húmedo, evitando con no menos habilidad las armas peligrosas de su enemigo. Esta cacería no deja de ofrecer peligros hasta cierto punto, pues el animal, á pesar de su carácter pacífico, sabe defenderse perfectamente, valiéndose al efecto de sus robustas piernas posteriores, cuyo dedo del medio, como es sabido, está armado de una acerada uña, con la cual infiere peligrosas heridas á su enemigo. Los perros más pequeños suelen caer regularmente entre las garras de las patas posteriores del kanguro, el cual después de haberles inferido profundas heridas ó dádoles unas cuantas coces, les enseña muy pronto á ser más cuerdos y prudentes. En casos apurados el animal sabe también defenderse á dentelladas, pues en cierta ocasión ví á un viejo macho que tenía cogido á un perro entré sus patas anteriores é intentaba morderle.

»Con no menos cuidado debe evitar el hombre el caer entre las potentes garras del animal, por lo que es prudente cortarle los tendones después de haberle derribado, pues un kanguro, aunque esté mortalmente herido, suele tirar coces peligrosas con las patas posteriores. Dos veces he corrido peligro de ser herido por uno de estos animales; las dos caí derribado al suelo y perdidos los sentidos á causa de los golpes recibidos, golpes que fueron afortunadamente poco fuertes, gracias á la poca distancia á que me encontraba del kanguro y á que este me había dado con la planta del pié y no con la uña. Otra vez me ví formalmente atacado por un viejo macho, y pude felizmente librarme de su furor á causa de haber sucumbido á los pocos momentos el animal rendido y falto de fuerzas.»

Si hay alguna corriente de agua en los alrededores, refúgiase en ella el kanguro, y allí espera á sus enemigos; su gran talla le permite hacer pié donde los perros tienen que nadar, y aprovechándose de esta ventaja, coge al primero que se acerca y le sujeta debajo del agua hasta que se ahoga. Un macho vigoroso es capaz de hacer frente á una numerosa tralla: deja que se acerquen los perros uno después de otro, y aprovecha cada momento favorable para librarse de un adversario. Una vez bajo la pata del kanguro, el perro está perdido si no llega otro en su ayuda; y aun en el caso de escaparse, aquel baño forzoso le atemoriza, gana la orilla y se niega á volver al ataque. Aunque se halle en tierra, no es el kanguro macho un enemigo despreciable; busca en seguida un árbol, se apoya contra él para cubrir la espalda, y se sirve hábilmente de sus cuatro patas. A los perros adiestrados para esta caza se les enseña á no atacar nunca á su enemigo en tal posición: precipítanse á la vez sobre el kanguro por todos lados; le cogen por la garganta, le derriban y le arrastran de modo que no pueda hacer uso de sus armas; después le matan ó le sujetan hasta que llega el cazador.

»Después de terminada la caza, continúa el viejo Bushmann ó habitante de las selvas, se reúnen en un lugar dado todos los kanguros muertos y se les destripa y desuella desde luego, lo cual tiene lugar de un modo muy curioso. Como tan solo se aprovecha la parte posterior del animal, y se deja la anterior juntamente con las entrañas é intestinos para los dingos y águilas, se despelleja al efecto toda la parte anterior de aquel, se la corta y separa del resto por debajo de los

riñones y se tira la piel sobre la parte posterior; ábrese en seguida un agujero al través del pellejo; se introduce en él la cola hasta la raíz, y de esta manera queda perfectamente cubierta la parte cortada de los cuartos traseros. Échase luego el cazador el animal á sus espaldas, de manera que con cada mano pueda coger una de las piernas posteriores del kanguro, y de este modo, en realidad muy cómodo, lo lleva á su morada. Un cazador, con tal carga á cuestas, se parece en cierto modo á un muchacho saboyano que lleva sobre sus hombros un mono cuya cola colgase hasta casi tocar al suelo.

USOS Y PRODUCTOS.—No acierté á explicarme, continúa el viejo Bushmann ó habitante de las selvas, los perjuicios que pueden causar los kanguros en aquellas vastas praderas de Australia, cubiertas de abundante yerba: podrán ciertamente causar alguno y ser algo más dañosos que nuestras liebres y conejos cerca de las plantaciones, cuyos setos franquean durante la noche para comer simplemente algunas plantas; pero esto no es motivo bastante para emprender contra ellos esta persecución terrible é insensata. Paréceme que los que así tan cruelmente persiguen á los kanguros, no son capaces de sentir cariño alguno hacia los animales. Es verdad que se hace menos aprecio de la carne y piel del kanguro que de las de nuestro ciervo, pues en tan poca estima tienen la una como la otra los habitantes de Australia, que muchos de estos no aprecian más la carne del animal que la de las carroñas, aun en aquellas localidades en que la carne de buey y de carnero se paga á un precio relativamente subido, y que los curtidores no dan por la piel más que unos ocho reales; pero yo puedo asegurar por experiencia propia que la carne no es del todo mala, que el pellejo es lo menos tan bueno, si no más fino que el del buey, y podría utilizarse perfectamente para forros. La gente del país asegura que la carne no es nutritiva, pero esto es un error manifiesto; pues yo y mi viejo compañero de viaje nos alimentamos exclusivamente de ella durante nuestras excursiones por las selvas, sin que por esto disminuyeran en lo más mínimo nuestro vigor y fuerzas. La gente del campo tiene la costumbre de decir, cuando se acaba la harina: «Economizar la harina y matar kanguros.» No negaré que dicha carne no es muy buena, que es insípida y poco sustanciosa, muy sanguinolenta y oscura, y que dista de tener el agradable sabor de la del carnero; pero me atrevo á sostener que no es de despreciar, y que especialmente la cola produce una magnífica sopa.

»Algo más lucrativo es coger pequeños kanguros, los cuales son pagados á un regular precio por los ganaderos en todas las ciudades de la costa. Para coger á aquellos vivos, se arman trampas en los lugares del bosque más frecuentados por los mismos, si bien este modo de cogerlos exige gran cuidado, á causa de los animales domésticos que pacen en las cercanías. Mucho más fácil es lanzarse escopeta en mano sobre los rebaños cuando están pastando, disparar sobre las hembras que llevan pequeños dentro de la bolsa, correr rápidamente al puesto donde cayeron aquellas muertas, sacar á estos de la bolsa y meterlos dentro de un saco. Los kanguros así cogidos deben ser puestos al principio en un lugar caliente y alimentarlos con leche tibia; se les deja correr libremente algunas horas á eso del medio día, á fin de que hagan un poco de ejercicio; se les trata de este modo hasta que llegan al caso de poder pacer, y entonces es ocasión oportuna para traerlos á Europa.»

CAUTIVIDAD.—Todas las especies soportan sin obstáculo la cautividad: se les alimenta fácilmente con forraje, hojas, nabos, pan, etc.; en invierno no necesitan estar en un establo muy abrigado, y si se les cuida bien, se multiplican